

# De mi madre inmigrante

por **Eduardo Mitre**

¿Pero por qué, madre, Bolivia  
y no Chile, ni Perú ni Argentina?

Nosotros qué sabíamos, hijo, cuál país era cuál.  
Todos decían: ¡América, América!,  
allí hay trabajo, se gana mucho dinero  
y las familias viven bien.  
Y había las cartas de los parientes  
vecinos de nuestra casa en Belén,  
que se habían aventurado a Bolivia  
y nos alentaban a seguir sus pasos.

Yo tenía diecisiete años  
y estaba casada con Hanna,  
tuvimos a tu hermano Issa  
y partimos los tres.

Fue un viaje largo, muy largo.  
Tras pasar por Marsella y París  
embarcamos con gentes de todas partes,  
y apenas iniciamos el viaje  
me vinieron horribles mareos  
y vómitos constantes.

Pero en días claros y calmos  
salíamos a la cubierta  
a tomar sol y contemplar el mar.  
El mar tan grande y hermoso  
que yo le pedía a Dios  
no ahogarme en el asombro.

Semanas después, hicimos escala  
en Colombia, en Barranquilla,  
y allí me di cuenta de que nunca  
hablaría español sin acento,  
pues no podía, como hasta hoy,  
pronunciar sino a mi modo  
el nombre del puerto.

Y navegando por el Pacífico  
pasamos fríos feroces  
y tormentas que daban terror.  
¡Cuántos días y noches  
el barco ladeándose como un ebrio,

yo amarrando a mi hijo a mi pecho  
y con los ojos cerrados  
encomendándome a san Jorge  
mientras el mar enfurecido  
se alzaba bramando como el dragón!

Tal vez fue por eso que, ya en Arica,  
caminando en la estación  
poco antes de abordar el tren  
con destino a Oruro por fin,  
me dio tanto gusto aprender  
la palabra andén.

Entonces cruzamos la frontera  
y entramos en el Altiplano  
como en una casa sin puertas,  
pura ventana y con tanto espacio y luz  
como su cielo azul, más profundo  
que los mares que atravesamos.  
Y sin saber aún nombrarlas  
vimos al atardecer la paja brava,  
la tola y la yareta que ardían  
dorándose como el trigo,  
y las nubes bajas, blandas  
como la pulpa de los higos en Palestina.

Ya cerca de la llegada,  
como si una soñara despierta  
apareció una montaña nevada  
y alguien al lado dijo: Es el Sajama,  
con una jota tan árabe  
que yo escuché: ¡Marjaba, Marjaba!  
y sentí que todo, caminos y caras,  
nos daban la bienvenida;  
y me eché a llorar, hijo,  
a llorar de alegría,  
diciéndome a mí misma:  
Esta es tu tierra, Kerime,  
tu nueva patria.  
Y así fue. ~

**EDUARDO MITRE** es poeta, ensayista, crítico y traductor. Es miembro de la Academia Boliviana de la Lengua y autor, entre otros libros, de *A cántaros* (Pre-Textos, 2021).